

¿Casados por lo civil...?

CUANDO hace dos años nuestra hija nos comunicó su deseo de casarse, algo que podría haber sido motivo de gozo, alegría y satisfacción se trocó en motivo de tristeza, desencanto, decepción y disgusto. En resumen, una experiencia dolorosa. Se casaba, pero tan sólo civilmente.

PARA otros puede que sea algo sin importancia. Para nosotros, que creemos en el matrimonio sacramento, que tratamos de vivir, dando cada instante la importancia y el valor que tiene, y que además trabajamos por hacer llegar ese mensaje a los demás, supuso un duro golpe el que ella, nuestra hija mayor y la primera que se casaba, nos planteara esta decisión.

Mi reacción de madre

Yo, Juani, según la escuchaba iba sintiendo cómo todo dentro de mí se derrumbaba. Las ilusiones, esperanzas, deseos de felicidad para ellos, nuestros hijos, por los que durante años habíamos trabajado, esperando la llegada de ese día, en que emprendieron la marcha -hoy uno, mañana otro- pero con alegría, celebrando el momento... No era así: ni alegría, ni celebración. Amargura y vacío era lo que encontraba en mi interior y en el fondo preguntas : ¿qué había hecho mal? ¿dónde me había



equivocado?

Por el dolor y la frustración que sentía, mi reacción fue reprocharle y criticar su decisión. Fue Ramón quien con serenidad trató de salvar la situación, que estaba llegando a ser violenta.

En los primeros momentos, e incluso en los primeros días, el diálogo entre nosotros dos no era otra cosa que buscar los porqués de aquello. Incluso nos heríamos, sin darnos cuenta, al pretender encontrar un culpable. Llegamos a dejar de hablar de ello, actuando cada uno como mejor podíamos, cayendo en el error del silencio, que nos hacía estar y sentirnos distantes el uno del otro. Sufrí, lloré, le pedí al Padre que hiciera reflexionar a mi hija, que me ayudara. También le reproché por qué a nosotros. Traté de hablar con mi hija para conocer las razones de su decisión, pero lo único que conseguí fue que la relación entre las dos empeorara. Fue entonces cuando Ramón me dijo que con mi actitud lo único que podía conseguir era perder a nuestra hija. Que ella también lo estaba pasando mal y le dolía vernos así. Que ella también nos quería y sólo nos pedía que respetáramos lo que había decidido. Que eso era mejor que el que se fuera y no quisiera saber nada de nosotros.

Mi reacción de padre

Como ha dicho Juani, cuando nuestra hija nos comunicó que se casaba y cómo lo quería hacer, el dolor y el desencanto dieron paso en mí a no entender el porqué de esa decisión. Me preguntaba en silencio dónde había fallado, cómo no había sido capaz de inculcar en mi hija la ilusión por el sacramento, que su madre y yo intentábamos llevar a otras parejas. Me costaba mucho dejar a un lado lo que creo y el significado que tiene para nosotros el matrimonio. A pesar de ello, traté de estar lo más calmado posible para intentar comprender la postura de mi hija. Escuchaba sus razones y los reproches de su madre a su postura. Comprendía el dolor de Juani pues era parecido al que yo sentía y al mismo tiempo

trataba de comprender lo que mi hija decía sin conseguirlo. Un día decidí hablar con nuestra hija. Quería acercarme a ella y saber cómo estaba viviendo esa situación. Vi que ella sufría porque nosotros sufríamos. Me reprochó el que no intentáramos ponernos en su lugar y comprender que ella quería a su novio y los dos lo habían decidido así. Le dije que nos comprendiera, que no queríamos hacerla sufrir, pero nos costaba entender su postura. Al término de aquella conversación me sentí más cerca de ella. Comprendí que su cariño hacia nosotros era tan grande como el que nosotros sentíamos por ella, aunque no estuviéramos de acuerdo con su manera de actuar en el tema de su boda. Después de aquello, le dije a Juani que tratara de calmarse e intentara aceptar a nuestra hija puesto que ella estaba decidida a seguir adelante con su decisión y que, si nuestra postura seguía siendo de intolerancia y enfrentamiento, lo único que íbamos a conseguir, además del disgusto, sería el distanciamiento de nuestra hija y la posible ruptura con relación a nosotros. Pensar en esto, para mí, era tremendamente doloroso. Así se lo dije a Juani. Ella comprendió que por encima de todo y a pesar de nuestro dolor, el cariño de nuestra hija era lo más importante.

Cuidar la relación

Después de esto y con la ayuda de un amigo sacerdote, Ramón y yo nos pusimos un día a hablar para contarnos lo que estábamos sintiendo y cómo lo vivíamos cada uno. Descubrimos que nuestro silencio estaba motivado por el miedo a causarnos dolor al transmitir lo que cada uno sentía sin pensar que al compartirlo podíamos llevarlo mejor. Nos propusimos que el día de la boda fuera, al menos, un día en el que se notara que había algo especial, aunque la tristeza se reflejara en los rostros de todos nosotros,



incluso en el de la novia.

A mí me ha costado mucho reconocer que mi hija está casada. Aún no lo he terminado de aceptar. Mis actitudes al principio eran las de tratar de pasar. Ha sido después de casarse la segunda -ésta lo ha hecho por la iglesia- cuando me ha sido más fácil ver que los dos son matrimonio, que las muestras de cariño y de entrega las hay lo mismo en uno que en otro, que nuestra hija es feliz, que viene a casa y está contenta, que actúa conmigo mostrando que me quiere, que están contentos y felices, cuando todos juntos pasamos algunos días en la casa del pueblo; que se preocupan de nuestras cosas; que los dos matrimonios planifican salir juntos... Esto nos hace sentir contentos y nos esforzamos porque esos ratos que pasamos juntos sean agradables y que vean en nosotros todo el cariño que les tenemos, que nos vean como alguien a quienes pueden acudir en cualquier momento. Que vean que no hay diferencias en nuestro modo de hacer con uno u otro y que todos son iguales.

Hoy, después de dos años, seguimos sin comprender el porqué de aquella decisión. Nos hemos dado cuenta de que cada uno tiene el privilegio de escoger aquello que cree como mejor y que nadie debe juzgar o condenar. Creemos que nuestra misión es actuar como si todo fuera normal lograr que ellos se

sientan felices. Nosotros hemos recobrado la serenidad y esto ha hecho que estemos más abiertos para aceptarlo, y aunque en nuestro interior sigue existiendo tristeza y decepción, hay también una buena dosis de esperanza de que algún día cambie.

Direcciones de algunos Centros de Orientación Familiar para atención a las parejas

C/ Capitán Arenas, 9 08034 BARCELONA
TEL. 93 252 3815

Avda. Sabino Arana, 34, 1º C 48013 BILBAO
TEL. 94 441 0676

C/ Emperatriz Eugenia, 6, 1º B 18002 GRANADA
TEL. 958 20 7356

C/ Pío Coronado, 118 35012 LAS PALMAS
TEL. 928 20 8720

C/ Cardenal Landázuri, 27 24300 LEON
TEL. 987 23 1020

C/ Daoíz, 12, 1º izda.
28004 MADRID
TEL. 91 447 7132

C/ Alameda Principal, 21, 5º 29001 MALAGA
TEL. 952 60 0003

Avda. Torrelavega, 41 bajo 33010 OVIEDO
TEL. 98 521 4909

C/ Navarro Villoslada, 8, 1º 31003 PAMPLONA
TEL. 948 24 2606

C/ Compañía, 5 37001 SALAMANCA
TEL. 923 21 3039

C/ Florida, 3
39007 SANTANDER
TEL. 942 23 7392

C/ Zaragoza, 58 41001 SEVILLA
TEL. 95 456 4873

C/ Callejón del Vicario, 3 45002 TOLEDO
TEL. 925 21 4338

C/ Cadenas de S. Gregorio, 3 47011 VALLADOLID
TEL. 983 25 3497

C/ Velázquez Moreno, 9 36201 VIGO
TEL. 986 43 2222

Ramón y Juani Torres-Ortega

Publicado en Ciudad Redonda
www.ciudadredonda.org/articulo/casados-por-lo-civil